

COLECCIÓN  
**Conjunciones**



# **Ser varón en tiempos feministas**

Entre el conflicto  
y el cambio

*María Gabriela Córdoba*

**N**  
**noveduc**

# **Ser varón en tiempos feministas**

**Entre el conflicto y el cambio**

***María Gabriela Córdoba***

**Ser varón en tiempos  
feministas**

**Entre el conflicto y el cambio**

# Índice de contenido

**Portadilla**

**Legales**

**Prólogo**

**Introducción**

**Primera parte. Apartado conceptual**

Capítulo 1. El enfoque de género

Capítulo 2. La construcción social y subjetiva de la identidad de género

Capítulo 3. La masculinidad hegemónica en el sistema social patriarcal

Capítulo 4. Subjetividad e identidad masculina

Capítulo 5. La sexualidad de los varones

Capítulo 6. Relaciones de pareja y paternidad

Capítulo 7. Nuevos aportes a los estudios de varones y masculinidades

**Segunda parte. Apartado de investigación**

Capítulo 8. Investigar las prácticas en masculinidades

**Bibliografía**

Córdoba, María Gabriela

Ser varón en tiempos feministas : entre el conflicto y el cambio / María Gabriela Córdoba. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico, 2020.

Libro digital, EPUB - (Conjunciones / 60)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-538-762-1

1. Estudios de Género. 2. Sexualidad. 3. Patriarcado. I. Título.  
CDD 305.420811

### ***Colección Conjunciones***

*Corrección de estilo:* Liliana Szwarczer

*Diagramación:* Ana Lía Dellacasa

*Diseño de cubierta:* Pablo Gastón Taborda

*Fotografía de cubierta:* [es.123rf.com/profile\\_kristine0527](https://es.123rf.com/profile_kristine0527) (obra del artista Nathan Sawaya)

*Ilustración de contracubierta:* [es.123rf.com/profile\\_anterovium](https://es.123rf.com/profile_anterovium)

Los editores adhieren al enfoque que sostiene la necesidad de revisar y ajustar el lenguaje para evitar un uso sexista que invisibiliza tanto a las mujeres como a otros géneros. No obstante, a los fines de hacer más amable la lectura, dejan constancia de que, hasta encontrar una forma más satisfactoria, utilizarán el masculino para los plurales y para generalizar profesiones y ocupaciones, así como en todo otro caso que el texto lo requiera.

### **Ediciones Novedades Educativas**

© del Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico S.R.L.

Av. Corrientes 4345 (C1195AAC) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 5278-2200

E-mail: [contacto@noveduc.com](mailto:contacto@noveduc.com)

[www.noveduc.com](http://www.noveduc.com)

Primera edición en formato digital: agosto de 2020

Digitalización: Proyecto451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

ISBN edición digital (ePub): 978-987-538-762-1

## **Agradecimientos**

Este libro no hubiese sido posible sin el apoyo constante de Irene Meler, quien no solo dirigió la tesis doctoral en la que se basa y me impulsó a publicarlo, sino que además hoy, generosamente, lo prologa.

Agradezco inmensamente a:

Alicia Ugarte y a Raúl Arué, pilares en mi formación académica, el trabajo conjunto en la cátedra de Sociología y en numerosos proyectos de investigación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT, pues me enseñaron y luego me orientaron para investigar las prácticas y practicar la investigación.

Néstor Casas, por estimularme siempre y acompañarme en mi crecimiento profesional. Su aliento, su lectura atenta y sus sugerencias me han ayudado mucho a ser quien soy.

María Teresa Czar, por acompañarme en el tránsito de encontrarme.

Mara Mohedano y Sonia Fernández Vecino, quienes “me iniciaron” en la temática de la masculinidad y la salud sexual y reproductiva, allá por el año 2005.

Los colegas del Grupo de Estudio de los miércoles, a los de mi Seminario de Introducción a la clínica psicoanalítica con perspectiva de género, y a los que confiaron en mi asesoría para sus tesis doctorales, por el aprendizaje conjunto, donde la articulación de la perspectiva de género con el psicoanálisis es vertebral.

La posibilidad de cursado del trayecto de posgrado en Psicoanálisis y Género (APBA-UK) de la mano de maestros como Irene Meler, Irene Fridman, Juan Carlos Volnovich, Débora Tajer y Mabel Burin, que abrieron mi mente a un mundo nuevo de conocimientos y me mostraron que había otro modo posible de hacer clínica.

La ayuda de los muchísimos varones que generosamente compartieron conmigo su tiempo y sus vidas, con el fin de

recabar la información que aquí se presenta y analiza.

A mi familia por su apoyo, y, principalmente, por haber transitado conmigo por este proceso de escritura.

A mis amigos, por soportar mi intensidad.

La Facultad de Filosofía y Letras de la UNT me cobijó y me becó para poder realizar esta investigación en el marco del Doctorado en Humanidades, por lo que agradezco el espacio de aprendizaje brindado. Hago extensivo mi agradecimiento a las juradas de mi tesis doctoral, Dra. Betina Garrido, Dra. Cecilia Canevari y Mag. Silvana Lerma, que alentaron esta publicación durante su defensa.

Finalmente, quiero agradecer por todos los espacios nuevos que se gestaron luego de la tesis, que me hacen pensar que las transformaciones y los cambios sociales son posibles si se trabajan con pasión y articuladamente con otros.

# Prólogo

*Irene Meler*

La publicación de este libro da testimonio de la vitalidad de un campo de estudios dedicado a analizar un tema de relevancia actual: las relaciones sociales y subjetivas que hoy se establecen entre varones y mujeres.

Los análisis sociales clásicos se han construido tomando como concepto orientador la clase, o sea, los sectores en que se estratifica el campo social o, en otros casos, la etnia, es decir los agrupamientos humanos establecidos en torno de los espacios de residencia y de las características culturales distintivas allí desarrolladas. Pero las relaciones que se entablan entre mujeres y varones han quedado adscritas al ámbito de lo natural durante mucho tiempo, con lo cual su carácter de intercambios sociales, atravesados de modo inevitable por las relaciones de poder, se ha sustraído de los intentos de comprensión. El campo interdisciplinario de los Estudios de Género ha tenido un desarrollo internacional que comenzó en los años 70 con las investigaciones que se denominaron inicialmente como Estudios de la Mujer, y que tuvieron un gran impacto en los centros académicos de Occidente. La diversidad existente al interior del colectivo femenino, hasta ese momento tornado invisible por los enfoques androcéntricos (1), condujo a reconocer el hecho de que la variable de género se articula de modo inextricable con la clase, la edad, la etnia y la orientación sexual de los sujetos, lo que llevó a pluralizar la denominación, transformándola en Estudios de las Mujeres.

En la década del 80 se sumaron los estudios sobre las masculinidades, mayormente desarrollados por varones que

presentaron una perspectiva crítica sobre los ideales e imperativos que han regido al género dominante. Unos años después, aquellos cuya identidad y sexualidad no se alineaban dentro de los dos casilleros habilitados por el orden sexual binario, inauguraron estudios sobre las diversidades identitarias y deseantes, denominados como *Queer Studies*, una expresión que manifestó (2) la reapropiación de las denominaciones discriminatorias de las cuales estos sujetos habían sido destinatarios.

Todos estos desarrollos se integran en la actualidad bajo la denominación de Estudios de Género, que engloba y alberga las producciones científicas de las ciencias sociales y humanas, elaboradas por quienes investigan en los campos del Derecho, la Filosofía, la Antropología, la Sociología, la Psicología, la Educación, la Biología, etc., e indagan en aspectos de la experiencia cultural y social que les resultan de interés en función de sus particulares posiciones subjetivas en el campo social. En todos estos estudios, la subjetividad ha dejado de ser considerada como un sesgo para elevarse al nivel de motivación legítima para la investigación. El ideal de conocimiento objetivo se promueve mediante el diálogo intersubjetivo, considerado como una fuente de riqueza, merced a la multiplicidad y diversidad de los puntos de vista allí expuestos.

La investigación que María Gabriela Córdoba expone en este libro es el resultado de su tesis doctoral, lo que garantiza la rigurosidad de la indagación, que ha atravesado por la evaluación académica con gran éxito. La autora se suma con este estudio a la minoría de mujeres que nos hemos animado a indagar sobre los varones, superando el preconceito existente acerca de que solo ellos estarían autorizados a tomarse como objeto de análisis. Después de largos siglos, durante los que los discursos sobre las mujeres y sobre la feminidad fueron elaborados por sujetos masculinos, esta es una necesaria reversión de la

perspectiva, inaugurada por Elisabeth Badinter (3), en Francia, y por Mabel Burin y quien escribe (4), en Argentina.

El foco de su indagación potencia la audacia del estudio, ya que ha explorado temas vinculados con la sexualidad y el cuidado de la salud sexual y reproductiva. No puedo ocultar un cierto regocijo burlón que experimento al observar esta inversión de la mirada tradicional, que ha sido una mirada masculina sobre los cuerpos, placeres y deseos femeninos. Estamos entonces ante una versión de “los pájaros mirando la escopeta”, que resulta seguramente muy saludable para renovar las perspectivas convencionales.

El marco teórico del estudio amalgama, de modo logrado, las teorías acerca de las representaciones sociales con las hipótesis psicoanalíticas integradas con la perspectiva de género. En ese aspecto, el libro ofrece a quienes investigan o se interesan en estos temas una perspectiva sistemática y ordenadora acerca de los desarrollos teóricos que orientan las indagaciones, por lo que puede operar como un recurso valioso para los estudios universitarios que se realizarán en un futuro.

Su caracterización de la masculinidad como un ideal normativo se inscribe en las ideas de Judith Butler, autora para quien el género es considerado como una norma. Lejos de limitarse a elaborar disquisiciones filosóficas distantes de la experiencia cotidiana, ella se compromete con un propósito propio de la política sexual: la democratización de las relaciones de género, tanto en sus aspectos sociales como en los intersubjetivos. Coexisten en el texto una dimensión descriptiva, que refleja el tradicionalismo del contexto cultural tucumano, con otra dimensión prospectiva, que encarna un proyecto de cambio. Las transformaciones sociales coexisten con la revisión crítica de paradigmas teóricos, en especial aquellos que se refieren a los aspectos donde las teorías psicoanalíticas naufragan en el sentido común consensual de los sectores medios conservadores del *statu quo*.

Como alternativa, la autora sintetiza de modo personal los aportes teóricos de las psicoanalistas con perspectiva de género, tales como Jessica Benjamin y Emilce Dio Bleichmar, entre otras, ofreciendo de ese modo un modelo alternativo en el cual los desarrollos psicoanalíticos contemporáneos sirven al propósito de comprender y modificar las relaciones erotizadas de dominio/subordinación. Su descripción acerca de la manera en que la masculinidad cultural construye subjetividades y, de ese modo, se reproduce a lo largo de las generaciones, es muy elocuente. El rol constructivo del grupo de pares, la fratría viril, se destaca con lucidez como un factor preponderante de presión social masculinizante.

Gabriela Córdoba da cuenta de la tensión inevitable que se plantea en el sector social estudiado entre la persistencia de representaciones y valores tradicionales, que tienden a su autoperpetuación, y las presiones hacia el cambio democratizador que caracterizan a nuestra época. En ese antagonismo se debaten los varones tucumanos, y el estudio ha captado de modo lúcido el modo en que reproducen una tendencia cultural universal y, a la vez, presentan particularidades locales que les confieren su fisonomía peculiar. La localización de la investigación es meritoria, en tanto evita generalizaciones espurias y se acota a dar cuenta de lo observado. Queda por cuenta de quien la lea poder captar el modo en que lo general se expresa de modos particulares, a través de la insistencia de la dominación social masculina.

La tipología que elaboró la autora sobre la base de los hallazgos de su estudio resulta de utilidad para quienes investigan. Se enmarca en una tradición existente en Argentina, donde Mabel Burin ha elaborado una tipología para estudiar a las mujeres (5), y quien escribe ha creado una tipología que permite ordenar la indagación sobre las relaciones de pareja (6). Estas tipologías se estructuran sobre un eje que abarca desde el tradicionalismo hasta la

innovación, y si bien aquella creada por la autora da cuenta de tendencias diferenciales al interior del colectivo masculino, también conviene reconocer que estos estilos de masculinidad suelen coexistir de modo inarmónico al interior de cada sujeto, planteando un debate interno entre el conservadurismo y la democratización de las relaciones de género. En relación con esta división subjetiva, Córdoba propone la categoría de “varones supuestamente deconstruidos”, donde no apunta a una impostura masculina, sino a la inevitable incongruencia entre las buenas intenciones manifiestas y la pervivencia latente de esquemas de comportamiento internalizados tempranamente y reforzados por el ambiente social.

La categoría de “impotencia vital”, creada en este estudio, aporta a la comprensión y prevención de la violencia contra las mujeres y su desenlace fatal: el femicidio. Pero no corremos el riesgo de naufragar en la desesperanza, porque la autora reporta la existencia de “varones en proceso más consciente de cambio”, aquellos que aspiran a una paridad que, aunque aún no experimentan cabalmente, vislumbran de modo esperanzado.

Para evitar la monótona reiteración del dominio masculino y la subordinación de las mujeres, María Gabriela Córdoba ha elaborado propuestas que pueden verse reflejadas en estrategias pedagógicas, recursos terapéuticos y políticas públicas relacionadas con los ámbitos sanitarios, educativos y judiciales. De este modo plantea una estrategia activa para potenciar las corrientes de cambio que ya nos engloban y conducen –esperemos que de modo irreversible– hacia una ampliación de la democratización social que incluya la paridad entre mujeres, varones y sujetos no binarios.

Esta obra expone el resultado de un trabajo sistemático, realizado con calidad académica y, a la vez, un compromiso

social de la autora hacia la construcción colectiva de un ámbito social más inclusivo y solidario.

---

1. Por androcentrismo se entiende la prevalencia unilateral de la perspectiva masculina.
2. *Queer* significa “raro”, y así han sido percibidos los sujetos homosexuales por quienes estructuraron su identidad sexual del modo mayoritariamente establecido.
3. La obra de Elisabeth Badinter es *XY La identidad masculina*, publicada en español en Madrid, en 1993, por Alianza Editorial.
4. *Varones. Género y subjetividad masculina*, de Burin, M. y Meler, I., publicado en 2000 por Paidós, en Buenos Aires.
5. Burin, M. (1996) “Género y psicoanálisis. Subjetividades femeninas vulnerables”, en *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*, de Burin, M y Dio Bleichmar, E., Buenos Aires, Paidós.
6. Meler, I. (1994) “Parejas de la transición. Entre la psicopatología y la respuesta creativa”, *Actualidad Psicológica*, N° 214, “Las relaciones de pareja”, octubre, Buenos Aires.

# Introducción

El “ser varón”, lejos de ser la manifestación de una esencia, es producto de una construcción histórico-social que lleva al que nace con sexo viril a ajustarse e identificarse con valores, intereses y atributos que la normativa genérica adjudica a la masculinidad. Así, esta masculinidad social tradicional, internalizada por los hombres, emerge -en mayor o en menor grado- en sus modos de actuar, en sus pensamientos y en las conductas que adoptan, por lo que es necesario pensar y replantear las funciones públicas y privadas de los varones, teniendo en cuenta tanto aspectos sociales como subjetivos.

Las políticas orientadas a las familias, por ejemplo, habilitan y sostienen el modelo hegemónico de la familia nuclear patriarcal, que supone la provisión masculina, en una época en la que el ser proveedor no depende exclusivamente de las capacidades y de la formación profesional de los varones, sino también de las mutaciones del mercado laboral. Además, como el ámbito de lo privado es considerado un espacio femenino del que los varones se desligan, la participación masculina en todas las esferas de la vida familiar y doméstica resulta insuficiente.

Asimismo, se legitima la violencia en el varón, en tanto se la considera como una demostración de dominación, a partir de un imperativo que se juega en las relaciones de género desde una lógica binaria: “o yo mando, o me mandan”. La mayor independencia, la agresividad, la competencia y las conductas violentas y temerarias en aspectos tan diversos como las adicciones, las relaciones familiares y la sexualidad generan consecuencias sustanciales en la salud de los varones, a la vez que muestran de modo patente

cómo los emblemas socioculturales viriles constituyen impedimentos para su autocuidado.

Cuando las exigencias que el ideal de masculinidad trae aparejadas se contrastan con las posibilidades reales del varón, provocan, en muchos casos, un intenso displacer, que se disfraza mediante hipermasculinidad, proyecciones, pactos de silencio entre hombres y culpabilización de la mujer. Incluso, en muchas ocasiones los varones prefieren aparentar que cumplen con el conjunto de prescripciones genéricas -a pesar de no estar de acuerdo con ellas-, por temor a la crítica de otros hombres. El ideal masculino, así, aleja a los varones de la emocionalidad, del contacto humano y de un placer que transite por una vía diferente de la del dominio.

Por eso, se analizará aquí el modo en que los varones encaran la sexualidad y la salud reproductiva, la vida de pareja y la crianza de los hijos, con el propósito de reconocer y jerarquizar los elementos en juego y propiciar de esta manera el logro de una equidad de género. La relación desigual de poder entre hombres y mujeres, y las exigencias sociales que pesan sobre los varones, asociadas con el ejercicio del poder inter e intragénero tienen efectos claramente negativos sobre mujeres, niños, ancianos y personas diversas, así como sobre los mismos hombres. Pero estos protegen sus privilegios y conservan los beneficios que obtienen desde su posición dominante en las relaciones de género, por lo que la masculinidad no se revisa ni se cuestiona, por temor a erosionar las bases en las que se asienta la identidad genérica viril, el amor propio y la autoestima, y por miedo a que sean obligados a responsabilizarse por los beneficios que aún obtienen en el mundo actual: disponibilidad del cuerpo y de la atención de las mujeres, facilitación hacia los lugares de poder, y la no implicación en lo "doméstico", por mencionar solo algunos de ellos. Esta situación ha lentificado el proceso de transformación de las representaciones genéricas y de las

prácticas de los varones, e incluso ha dado lugar a que no se produzcan cambios, sino solo adecuaciones superficiales a las condiciones sociales contemporáneas.

Para analizar aspectos subjetivos, resulta importante enmarcarlos en el contexto social, en tanto el espacio macroestructural (1) en el que se desenvuelven los actores impacta en los “modos de vida” de los sujetos, con incidencia en sus comportamientos, en sus prácticas y en sus relaciones. El proceso globalizador en el que estamos inmersos está marcado por la incertidumbre, por acelerados cambios y por representaciones sociales que enfrentan a las subjetividades a un trabajo de construcción de estrategias para resolver las problemáticas vitales y las que imponen los vínculos con otros, en una realidad social compleja, conformada por un imbricado tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones y azares.

Hoy vivimos una reestructuración global en un terreno marcado por el género, gracias a las luchas de los movimientos feministas y LGTTBIQ+ (2), que han modificado los vínculos al interior de la familia, en la conyugalidad, en la parentalidad, en la intimidad y en la sexualidad. Las certezas preestablecidas que brindaba la tradición pierden peso frente a lo nuevo, en un interjuego paradójico entre la demanda por la autonomía y el reclamo por la dependencia, y entre el individualismo que impone el neoliberalismo y el comunitarismo que aún instituye la tradición familiar.

Asimismo, la estructura económica capitalista mundial se vale del sistema sexo/género y de la separación binaria público-privado para asignar a los varones y las mujeres a cada una de ellas, con “trabajo pago y altamente pagado, en los que prevalecen los varones, y las actividades de bajos ingresos, servicios y trabajos domésticos, atribuidas a las mujeres” (Fraser, 2003, p. 23). Esto generó una feminización de la pobreza, que implica que los prejuicios y estereotipos de género femenino influyen sobre la lógica

distributiva capitalista, que induce a pensar, sentir y funcionar solo en clave masculina, en un patriarcado de versión neoliberal que busca mantener la supremacía viril.

Por otra parte, implicó representaciones sociales dicotómicas, polarizadas y jerárquicas apoyadas sobre la simbolización de la diferencia sexual, que actúan como coordenadas que ordenan la relación intersubjetiva y la identificación de un sujeto. Esto avala la existencia de modelos excluyentes de ser varón y de ser mujer, con jerarquías de poder diferenciadas: un orden androcéntrico que subordinó a lo femenino.

Las características atribuidas a hombres y mujeres se construyen sobre los cuerpos sexuados machos o hembras, basándose en modos prescriptivos y complementarios: sujeto/objeto; activo/pasivo; masculino/femenino, que condicionan una subjetivación diferencial por género. Las regulaciones sociales prescriben desempeños de género, proscriben comportamientos y asignan roles específicos para lo masculino y lo femenino, con características exclusivas y distintivas en los aspectos morales, afectivos y psíquicos, y según los acuerdos sociales, las costumbres y las tradiciones vigentes en cada tiempo y espacio. Y en tanto lo histórico-social hoy está mutando, las condiciones para que hombres y mujeres se constituyan a sí mismos atraviesan numerosos cambios, que coexisten con rígidos intentos de sostener lo conocido. Pesquisar estas cuestiones requiere estar atentos a las diversas dimensiones implicadas, como así también a los múltiples matices que se ponen en juego y que condicionan las relaciones de género desde lo social, lo económico, lo cultural, lo ideológico y lo ético.

Las preguntas que trata de responder este libro se ubican en la interdependencia generada entre los procesos macrosociales y culturales, las relaciones interpersonales, las subjetividades, la intimidad y los cuerpos de las personas. Se analizará la masculinidad desde un marco

conceptual interdisciplinario –que incluye a los estudios de género, la sociología y el psicoanálisis intersubjetivo-, destacando que, aunque existe un estereotipo masculino social y hegemónico, cada varón presentará inevitables divergencias, por las resignificaciones y articulaciones producidas entre los distintos estratos del psiquismo y la cultura, junto con la incidencia de la ideología.

El libro está organizado en dos partes. La primera da cuenta del bagaje teórico necesario que permitirá luego el análisis de varones de entre 25-45 años de San Miguel de Tucumán. Así, hace un recorrido por los estudios de la mujer, los estudios de género, los *queer* y los estudios de varones y masculinidades para dar cuenta de la subjetividad, la sexualidad, las relaciones de pareja y la paternidad de los varones, sin dejar de pesquisar las prácticas que instituyen la masculinidad. Este primer apartado desemboca en el Capítulo 7, donde se presentan algunos aportes a los estudios de varones y masculinidades.

Finalmente, el segundo apartado del libro muestra los resultados de “Investigar las prácticas en masculinidades”, donde los conceptos previamente desarrollados se constituyen como una caja de herramientas que permiten analizar la realidad tucumana. Y finaliza con propuestas de algunas líneas posibles de trabajo con varones, bajo la firme convicción de que es necesario desarrollar estrategias grupales, sociales y políticas que contribuyan a la creación de nuevos modelos viriles, favorezcan nuevas prácticas de los varones y apoyen la promoción del cambio masculino.

---

1. El espacio macroestructural posee un carácter multidimensional que involucra lo político, social, económico, cultural, financiero y organizativo, y que se vuelve global gracias al desanclaje espacio-temporal, la celeridad excepcional de los cambios y las nuevas formas de estratificación social.

2. Las siglas LGTTBIQ+ hacen referencia al movimiento lésbico, gay, transexual, transgénero, bisexual, intersexual y *queer*. El signo de la suma, el +, simboliza a cualquier otra minoría que no se sienta suficientemente representada con lo expresado en la sigla.

# **Primera parte**

## Apartado conceptual

# Capítulo 1

## El enfoque de género

Para ordenar el análisis en torno al enfoque de género, me voy a referir a los estudios de mujeres, a los queer y a los estudios sobre varones y masculinidades, tres corrientes presentes al interior del campo de los estudios de género, que presentan una gran porosidad que, en ocasiones, permite el diálogo, mientras que en otras da lugar a asperezas y debates. Este será el contexto marco para el análisis de los aspectos sociales y subjetivos de la masculinidad.

### **De los estudios de la mujer a los estudios de género**

Los estudios de género se encuentran íntimamente ligados en sus orígenes con el movimiento feminista de los años 60 y 70 del siglo XX (fundamentalmente, en Estados Unidos e Inglaterra) que objetó la apropiación masculina de la humanidad y la pretensión de los varones de trascender sus experiencias inmediatas a través de la razón, tratando a las mujeres como la encarnación de una alteridad misteriosa y complementaria. Así, este movimiento cuestionó asuntos que, hasta el momento, se mantenían velados (los roles, la organización familiar, el cuerpo, la sexualidad y las tareas domésticas) centrándolos en las experiencias de las mujeres. A partir de ello, los estudios de la mujer generaron materiales teóricos que explicitaron las desigualdades entre

los sexos y develaron el androcentrismo científico. Esto dio lugar, a su vez, a una matriz consolidada de conocimientos críticos que disputaban el saber establecido y buscaban reivindicar y conquistar espacios en cuanto a la igualdad de derechos.

Ello significó una revalorización de los aportes de Simone de Beauvoir, quien sostenía que ser mujer es un proceso que se desarrolla en el ámbito de la cultura, en contraste con la idea de que la biología determina el devenir genérico de los cuerpos. Escribía así “No se nace mujer, se llega a serlo” (De Beauvoir, 1989/1949, p. 240), haciendo referencia a que era la civilización patriarcal la que definía a las mujeres en su posición de objeto.

Este saber se vinculó con una politización e historización del espacio privado, mostrando cómo la división sexual del trabajo, la socialización de los cuerpos y la interiorización de las jerarquías de género se valían de la diferencia sexual anatómica para naturalizar las prerrogativas sociales y culturales que se desprendían de ella. En todo este proceso, jugó un papel básico la distinción de los conceptos de sexo y género (1). Las feministas se encargaron de separarlos para dejar en claro que las características y los roles definidos como femeninos no eran fruto de la naturaleza, sino que se trataba de un proceso de construcción sociocultural aprendido, que se valía de la diferencia biológica para explicar tanto los papeles sociales distintos para hombres y mujeres, como la subordinación femenina bajo el dominio masculino. Sin embargo, el concepto de género no se originó en esta teoría: se tomó desde las ciencias de la salud, específicamente desde los desarrollos de Money y Stoller.

En el año 1952, el psicólogo y sexólogo John Money utilizó por primera vez el término género en sus estudios sobre hermafroditismo. En el hospital de la Universidad John Hopkins, de Estados Unidos, atendía a niños que tenían una “ambigüedad sexual” de nacimiento, es decir, en quienes

no había una identidad sexual claramente identificable como “macho” o “hembra”, casos que hoy se denominan intersexuales. Money hablaba del poder modelador que la experiencia humana postnatal tiene sobre los montantes biológicos, y en sus investigaciones denominó “asignación de género” al factor que determina de forma prioritaria el sentido de masculinidad o de feminidad de cada sujeto, a partir de la creencia que los padres tenían acerca del sexo que correspondía a ese cuerpo que criaban. Ahora bien, más allá de todo lo cuestionable que tienen las intervenciones de Money (pues el tratamiento por él propuesto era la reasignación de género), lo que llamó la atención de algunas académicas fue el hecho de que los factores adquiridos socialmente predominaban por sobre las determinaciones innatas.

A ello se suman los aportes del psicoanalista norteamericano Robert Stoller, quien contrastó explícitamente sexo y género. Su tesis fundamental es que no existe dependencia biunívoca e inevitable entre géneros y sexos, y que, por el contrario, su desarrollo puede tomar vías independientes. Junto con Ralph Greenson creó el concepto de *core gender identity* (traducido al castellano como “núcleo de identidad de género”) para dar cuenta del sentimiento íntimo de saberse varón o mujer, que no es determinado por el sexo biológico sino por el hecho de haber vivido desde el nacimiento las experiencias, ritos y costumbres atribuidos a los hombres o a las mujeres, lo que resulta más importante que la carga genética, hormonal y biológica.

A partir de esta elaboración desde las ciencias de la salud, el uso de la categoría “*gender*” fue impulsado por el feminismo académico para mostrar que las características humanas consideradas como “femeninas” eran adquiridas por las mujeres mediante un complejo proceso individual y social, en lugar de derivarse “naturalmente” de su sexo. Esto rompía la supuesta relación de causalidad existente

entre el orden “natural” o biológico y las desiguales relaciones sociales entre hombres y mujeres.

## **Aportes de los estudios queer**

A mediados de los años setenta, se iniciaron los movimientos de reivindicación centrados en criticar las teorizaciones de género que tendían a pensar en términos de homogeneidad. Así, el feminismo radical norteamericano rechazó la naturalización patriarcal de la heterosexualidad y el empleo del poder como forma de dominación androcéntrica, mientras que la corriente materialista francesa, de la mano de Monique Wittig (1976) abogaba por una desnaturalización radical de las categorías sexuales, al criticar la heterosexualidad en tanto régimen político. Podemos utilizar los aportes de Wittig para hacer una primera variación a la pionera obra de Beauvoir: ni se nace mujer, ni hay por qué llegar a serlo.

Las llamadas feministas de color (como Patricia Williams, Michelle Wallace y Angela Davis, entre otras) cuestionaron que el género fuera empleado como una categoría universalista, cuando, en realidad, se trata de un factor en íntima vinculación con la raza, la clase y la sexualidad. Y el feminismo postcolonial criticó el universalismo etnocéntrico feminista, mediante el cual se ha tendido a juzgar las estructuras económicas, legales, familiares y religiosas de los países no occidentales, basándose en parámetros occidentales, que han dado lugar a que estas estructuras sean definidas como subdesarrolladas o “en vías de desarrollo”, como si el único desarrollo posible fuera el del Primer Mundo y como si todas las experiencias de resistencia no fueran sino marginales (Mohanty, 2008).

A partir de estos enfoques, el género ya no es pensado como el “contenido” cambiante de un “continente”

inmutable (el sexo), sino como un concepto crítico, una categoría de análisis en una continua interrelación con la etnia, la clase, la orientación sexual. Lo sociocultural, lo económico, lo político y lo social son variables que inciden tanto en el modo específico de experimentar las relaciones intersubjetivas, como en la manera de interpretar, simbolizar y organizar las diferencias sexuales, alejadas de las esencias genéricas.

En los años 90, el debate se centró en el cuestionamiento de la oposición binaria hombres-mujeres y homosexuales-heterosexuales, lo que supuso la aparición de teorías y feminismos más explícitamente *queer* (2), que mostraron cómo las diferencias sexogenéricas son naturalizadas y convertidas en dos esencias que organizan posiciones binarias dentro de la matriz heterosexual, con importantes efectos de regulación, subordinación y exclusión sobre los sujetxs.

Inspirada en algunos desarrollos posmodernos y posestructuralistas, Judith Butler cuestiona esta idea de “sexo natural” organizado en dos posiciones opuestas y complementarias, y piensa al género como una estilizada repetición de actos, “como la forma rutinaria en que los gestos corporales, movimientos y estilos de diverso tipo constituyen la ilusión de un ser perdurable con un género” (Butler, 1990, p. 179). La autora considera que sostener la identidad como inamovible es solo un ideal normativo más y la entiende como algo mucho más maleable, que incorpora y expulsa aspectos de sí en función de los ideales que cada sujeto mantiene, en un proceso constante de construcción personal, dentro de los lineamientos vigentes en una cultura.

Butler (2012) también aclara que el género es performativo como efecto de un régimen que regula y jerarquiza las diferencias de género de forma coercitiva, mediante reglas sociales, tabúes, prohibiciones y amenazas punitivas que se apoyan en la ficción reguladora de la